

Enrique Badosa: «Laberinto vertical», *ABC Cataluña*, 26 de marzo de 2002, p. 38

Allá por los años 50 del pasado siglo. Pocos o ningún obrero en las tareas del Templo de la Sagrada Familia. Tarde primaveral altísima de azules. La recuerdo muy bien. Mi primera visita intensa. Puertas abiertísimas. Nadie impedía el paso. Sobre todo, me tentaba ascender a las torres. Mucho esperaba –más por intuición que por información también por deseo- de la experiencia de ascender por angostas escaleras de caracol. Aún no había los actuales ascensores que si facilitan la subida, también le quitan el encanto de la dificultad en gozar de un placer estético a la vez que espiritual.

Inolvidable ascensión. Aparatosos parajes urbanos contemplados desde las gaudinianas alturas. Y nada de esto ajeno al espíritu, en el más religioso sentido de la palabra. Torres y aberturas celestes que se comunican las unas a las otras. Experiencias estéticas, espirituales, espaciales que asimismo se comunican en el logro de muy peculiar resultado. Recuerdo que de pronto creí encontrar la palabra por la que dar nombre aproximado a la experiencia en cuestión: laberinto vertical, ascendente, del que si bien tendría que salir, no deseaba dejar.

Laberinto en óptimo sentido de la realidad, y por lo tanto de la palabra. Laberinto sin extravío. Laberinto placentero y sin Minotauro alguno. En todo caso, el Minotauro que pueda hallarse en uno mismo, en lo intrincado de nuestro interior. Laberinto en el que redimirnos de ese Minotauro siempre aquí y en mí. Pero, ¿puede ser vertical un laberinto, puede ser benéfico? La arquitectura gaudiniana en la Sagrada Familia crea espacios inéditos, y los crea no sólo con propósito, tan lícito, de belleza. Tan lícito y tan necesario, tan propiamente arquitectónico.

A sabiendas o no, Gaudí llegó a diseñar un laberinto no de extravío, sino de salvación. Subir y ascender por las torres, pasar de una a otra, al mismo tiempo me desorientaba y me orientaba. En tan singular experiencia de espacio, dónde me hallaba en realidad. Un espacio tan nuevo y en un templo, hacia dónde me conducía. Una suerte de vértigo amparador, sereno, que sobretodo proporcionaba un caer ascendiendo. Y todo esto con una vivencia de gozo a la vez espacial, de belleza, de espíritu. Lo ha recordado muchas veces, aunque nunca lo había escrito. Lo ha agradecido siempre.

Y ahora, con los ascensores que obvian también poco menos laberínticas escaletas de caracol, ¿es posible experiencia como la mía? Por qué no. Sin embargo, creo que el esfuerzo físico de la subida a pié contribuía a que lo vivido fuese más intenso. Con todo, me permito invitar a la ascensión de las torres, y a dejar que ese espacio gaudiniano envuelva y suscite la experiencia del inesperado y revelador laberinto vertical.

Laberinto vertical... Siempre pensé que tal expresión era sólo mía. Pero no, y me complace decirlo. Junto a las impresionantes esculturas de Subirachs, hablando con el artista de pronto él me dice, con toda naturalidad, lo mismo «laberinto vertical». Sorpresa mía y luego suya cuando a mi vez le digo que desde hace tantos años en las torres encontré y viví estas dos palabras. Tanto Subirachs como yo lo celebramos y, posiblemente, desde allá Gaudí nos sonriera afable.

Por muchos conceptos el Templo Espiratorio de la Sagrada Familia requiere más de una visita. Acercamientos con voluntad de belleza –Gaudí, Subirachs-, con voluntad de espiritualidad. Un acercarse que ha de conllevar a un ascender físico que muy posiblemente lleve a que nos perdamos-encontremos en inolvidables laberinto vertical, de luz.